

PUBLIKACIONES *Cinema*

50  
PTAS.

*Zarah* LEANDER



en  
*La vuelta al  
hogar*

# LA VUELTA AL HOGAR

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

UNA EMOCIONANTE TRAGEDIA FAMILIAR,  
IMPREGNADA DE MÚSICA Y DE PASIÓN

PRODUCIDA POR  
**FROELICH-STUDIO**

DIRIGIDA POR  
**CARL FROELICH**

MÚSICA DE  
**GLUCK y J. S. BACH**



PELICULA



DISTRIBUIDA POR  
**ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA**  
Provenza, 273 BARCELONA

Argumento narrado por  
**PUBLICACIONES CINEMA**



PRINCIPALES INTÉRPRETES:

ZARAH LEANDER . . . . .	<i>Magda</i>
Ruth Hellberg . . . . .	<i>María</i>
Heinrich George . . . . .	<i>Leopold</i>
Lina Carstens. . . . .	<i>Fränze v. Klebs</i>
Paul Horbiger. . . . .	<i>Franz Heffterdingk</i>
Georg Alexander. . . . .	<i>Ludwig</i>



TALLERES GRAFICOS  
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

## LA VUELTA AL HOGAR

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El anciano coronel Leopold von Schwarze estaba hondamente preocupado. Su hija pequeña, la dulce, la encantadora María, se había enamorado de un guapo y apuesto militar del que era correspondida firmemente y, sin embargo, se interponía entre la felicidad de estos dos seres un obstáculo, por el momento, insuperable. Sin prestar una caución de 60.000 marcos, era imposible que el joven teniente obtuviera del príncipe la debida licencia para el matrimonio y este no disponía de una suma semejante.

El bueno del coronel, que para la dicha de su hija, no titubeaba ante ningún sacrificio, se dispuso a dar un paso, que le repugnaba en extremo. La fortuna de su ciudad era tan grande como su avaricia, pero sólo ella podía prestarle una cantidad de tanta importancia.

Únicamente, un poco cohibido, llama a la puerta del despacho de su cuñada, la celebre escritora Fränze Klebs, que en aquel momento estaba dando los últimos toques a su última producción literaria, le recibió de mala gana.

—Podías haber escogido otro momento mejor — le dijo desabridamente. Ya ves que estoy escribiendo.

—Perdona; pero es tan difícil verle...

—Supongo que no ocurre nada grave en tu casa.

—Grave, no; pero sí que ocurre algo de lo cual mi-

siera hablarle, ya que está interesada en ello la felicidad de mi hija.

—De qué se trata?

—María desea casarse con el teniente Max Vendowsky, para cuya elección tiene ya mi beneplácito.

—¿Y cómo se le ha ocurrido tamaño disparate?

—Es que se aman...

—Bueno, ¿y qué?

—Que se necesitan 80.000 marcos para la dote y tú sabes muy bien que yo no los poseo.

—¡Claro! Malgastaste tu fortuna en satisfacer los caprichos de tu hija Magda y bien pagado estás por tu locura. Te has quedado sin hija y sin dinero.

—¡No me hables de Magda, por los cielos! — exclamó Schwartze sombríamente.

—Entonces, ¿quieres repetir la triste historia de aquella en tu hija pequeña?

—Dé más bien que te niegas a facilitarme esta cantidad que necesito para mi futuro yerno.

—Una boda con ese oscuro oficial no es digna de María ni de ti.

Intentó porfiar. El coronel comprendió que el corazón endurecido de su vieja cuñada no se ablandaría fácilmente y en cambio había hecho sangrar de nuevo en el suyo la herida abierta por el recuerdo de la otra hija ausente de su casa.

Y abandonó la estancia de la escritora con mayor preocupación que antes.

...

La anterior escena ocurría a fines del siglo pasado en la romántica ciudad de Ilmingen, capital y corte de un minúsculo principado alemán.

En aquel momento histórico, la placida monotonía, dentro de la que se escurría la vida de la alta socie-

dad que rodeaba al príncipe Ludwig, se veía alterada por un sensacional acontecimiento. Las aguas calmas de aquel remanso de paz legendaria estaban en conmoción desde algunos días por la extraordinaria noticia, que como una ráfaga corrió por la ciudad estéril. La más notable estrella lírica, la artista americana de fama universal, Magdalena delOrto, por expresa invitación del soberano, iba a dar un concierto en palacio y a cantar las dos grandes obras maestras de la música alemana «Orfeo» de Gluck y «La Pasión» de Bach, sólo asequibles a una garganta que poseyera las excepcionales dotes de volumen de voz y escuela, que la fama atribuía a la delOrto.

Ludwig quiso reunir a los más destacados artistas, literatos y palaciegos para anunciarles el fausto suceso y conocer al propio tiempo la impresión que a sus súbditos les produjera. Había ya advertido cierta prevención hacia la cantante por parte de ciertos honorables señores, que no consideraban muy de acuerdo con las costumbres cortesanas el hecho de que el príncipe se hubiera dignado conceder su alta y personal protección a una artista de canto, hasta el extremo de admitirla en su residencia, por más que no se atrevieran a expresar ante el príncipe los verdaderos motivos de su descontento.

Bach y Gluck, nuestros grandes maestros, no pueden ser fiel y dignamente interpretados más que por artistas alemanes — opinaba el eminente crítico musical Stolz.

—Yo — agregaba la Juste y vieja escritora Franze Klebs — tengo, por mi profesión, un criterio muy simple en las cosas de arte, pero no puedo ocultar que en este caso soy un tanto escéptica, porque en América son muy exagerados y quizás no bastante inteligentes en estas cosas... Una decepción nos haría caer en el más espantoso de los ridículos.

—No tema usted verse defraudada, mi querida señora — contestó el príncipe ceremoniosamente. — Magdalena delOrto es una estrella de primera magnitud, que



se disputan los públicos más inteligentes y distinguidos del mundo y su aceptación o mi requerimiento es un honor que Hüniggen ha de agradecerle. Les haré conocer con anticipación su llegada y desearía verme acompañado de ustedes en la estación, adonde iré a darla la bienvenida.

Una tan clara expresión de la voluntad del príncipe no era de creer que fuera desatendida y, en efecto, el recibimiento tributado a la gentil cantante era suficiente a colmar de orgullo a la famosa diva, si en su corazón tuviera cabida la vanidad.

Ludwig la esperaba al pie de la portezuela y después de haberla besado la mano con fina galantería, la condujo hasta el soberbio cupé, que le había destinado para conducirla al hotel.

—Puede Su Alteza hablarme en alemán — le dijo Magdalena. —He conservado con cariño mi idioma nativo.

—¡Cómo! ¿Es usted alemana?

—Sí, América no es más que mi patria adoptiva, a la que le debo el reconocimiento de haberme hecho nacer a la vida del arte.

Ludwig, encantado de esta manifestación de la joven y no menos de su soberana belleza y distinción exquisita, estaba satisfecho de la feliz idea de traerla a sus dominios. Al despedirla a la puerta del hotel le dijo afablemente:

—Hasta la noche, señorita. Si las fatigas del viaje no le lo impiden, esperamos oír en nuestra residencia las primeras de su voz seductora.

—Muy amable, Alteza. No faltará esa noche.

Hemos oído, al hablar de la dell'Orto, la gentil cantante, porque en realidad era una mujer excepcional en la fisonomía como lo era en el arte lírico. Espléndida de busto, de un oscuro metálico sus cabellos y perfectísimo el óvalo de su rostro, todo su semblante parecía iluminado de reflejos interiores, que la hacían dulce y amable.

Se encerró en sus habitaciones para escribir la siguiente epístola:

«Señorita: Le estaría muy agradecida de concederme una entrevista esta tarde en el claustro de la Catedral, donde la esperaré a las tres.

Afectuosamente,

Magdalena dell'Orto.

Y escribió en el sobre:

«A la señorita María Schwarzen.

En el salón halló a su maestro de corps Rohrmöser, que preludaba unas fugas de Bach en un vetusto clavicordio.

—¿Cuándo se va, maestro?

—Esta misma tarde. Tu hija Poldi estará ya esperando a su viejo amigo y no hay que hacer esperar a la princesita. Tal como desee, estará de vuelta el día de la audición solemne de S. A. Pastón.

—Traiga a aquí alguna noche. Adiós, maestro.

Poco contó. Sentía impaciencia para la entrevista de la tarde y para recorrer la ciudad, que parecía ejercer sobre ella una atracción misteriosa. Sus calles mal empedradas y de alineación irregular con sus casas de techos de cortantes aristas y aleros salientes, sus palacios ginebrinos, sus torres puntiagudas y sus iglesias de secular vetustez, la inspiraban una curiosidad casi infantil, como si viera por primera vez aquella edificación medioeval, o habiéndola visto antes, se gozara en evocar dulces recuerdos.

Los góticos calados de la Catedral, con sus cuatro torres que amanzaban las nubes con sus puntas de hierro retamadas en cruz, la tuvieron largo rato absorta en muda contemplación, ajena a la curiosidad de la gente, que la miraba al pasar, juzgándola una extranjera, pero sin sospechar la condición de ella.

El claustro, lleno de paz y de misterio, se hacía eco de sus pasos, que sonaban como una profanación. Se sintió sobrecogida de aquel silencio de tumba y se dispuso a entrar en el templo, cuando apareció un apuesto oficial.

—¿Es usted la señora dell'Orto? — la preguntó, adelantándose hacia ella.

—Efectivamente.

—Acaba de enviar esta escuela a una persona...

—Sí: a María Schwartz.

—Es ella la que me envía para saber lo que desea usted.

—Y ¿cómo no ha venido ella misma? — preguntó la artista extrañada.

El joven enrojeció algo con la pregunta, a la que contestó sonriendo:

—Soy su prometido.

—Pero ¿es que se casa mi hermana? — exclamó Magdalena inocentemente.

El teniente Max abrió sus ojos desmesuradamente. La joven que estaba delante de él, Magdalena dell'Orto, la famosa, la admirada cantante, era la misma Magda Schwartz, hermana de su amada María.

Magdalena continuó:

—Le sorprende mi involuntaria confesión ¿verdad? y no me pesa haberla hecho, porque ella influirá en usted para que pueda ver a mi hermana. ¡Con qué ansia deseo abrazarla! Puesto que no ha venido ahora, les espero a los dos, en el hotel, esta noche, ¿me lo promete?

—Temo no poderla complacer, porque ella no irá sin el permiso del coronel y este permiso...

—Comprendo — interrumpió tristemente Magdalena.

—¿Por qué no va usted a su casa?

—Mi padre no me recibiría.

—Inténtelo — animó el joven, movido por una gran simpatía hacia la hermana de su prometida.

—Quizás lo intente — dijo pensativa. — ¡Si no deseo otra cosa que echarme en brazos de mi padre! Adiós, Max — añadió, dándole la mano afectuosamente.

—Adiós, Magda. No le niegues a su padre y a mi María este consuelo.



En el Gran Teatro de Lúingen, la artista cantó, dando a su voz insuspechados acentos de pasión





—Es en vano que huyas de mí; nuestras vidas no deben ya separarse más.

Cuando aquél se hubo alejado, la artista penetró en la amplia nave del templo y a pesar de su preocupación, admiró con delirio las cuatro órdenes de finas columnas en luz firme sostenidas de almendrados arcos de esbeltas insuperables. El sagrado recinto estaba desierto. Avanzó en la semi-ocurrida, no desvanecida por las vidrieras multicolores, que sólo dejaban pasar la pálida luz de una tarde de invierno de cielo plácido. Atrevida por las voces del órgano que vibraban dulcemente, como si la mano que las pulsara convulsara la fogosidad de su inspiración y frenara la potencialidad del magnífico instrumento, Magda se encaminó lentamente hacia el coro, andando como en sueños. El lenguaje del órgano era para ella la voz del pasado, que despertaba en su alma emociones transformadoras. Cayeron las voces y el súbito silencio delató al organista la presencia de una persona extraña.

—¿Quién está aquí? — preguntó desde lo alto.

Y al inclinarse sobre la baranda para ver al intruso, que venía a interrumpir su coloquio espiritual con el arte, un grito de sorpresa y suprema alegría se escapó de su pecho.

—¡Magda!

Bajó corriendo.

—¿Eres tú, Magda?

—La misma — contestó ésta, sonriendo dichosa ante el gozo del organista.

—Sube a mis dominios para que hablemos. Fuera del órgano, me parece que soy otro hombre.

Franz Heffterdingke, ahora maestro de capilla de la Catedral de Ulm, había sido el amigo más fiel de Magda Schwartz, y esta amistad de la niñez, esta inclinación nacida de una coincidencia de gustos y aficiones, se transformó en un incipiente amor, que al en Magda se entibió con la separación, en Franz permaneció inmutable, aunque callando, viviendo sólo de la esperanza. ¿Cómo no le saltaría de júbilo el corazón al ver aparecer inesperadamente a la mujer a la que devotamente seguía rindiendo culto?



—¿Qué has hecho, Franz, desde nuestra separación? — preguntó con dulzura la joven.

—Esperarte — contestó sencillamente Franz.

—¿Sabías que algún día iba a volver?

—Tenía fe en una voz interior, que me lo decía.

—¿Qué bueno eres, amigo mío!

—Y de ti, ¿qué ha sido?

—¿A qué remover recuerdos no del todo agradables? Desde que salí de mi casa para entregarme, en Berlín, a los estudios musicales, mi vida está llena de incidentes amargos. Deja que sueñe únicamente en los días felices que precedieron a mi partida del hogar y en este momento de mi vuelta con ansias de reintegrarme a él.

—Tu padre sabe...

—Mi padre ignora que su hija Magda y Magdalena dell'Orto sean una misma persona; y me da un miedo horrible pensar cómo recibirá esta noticia. ¡Es tan rígido en sus costumbres!

El coronel, a pesar de su severidad, más aparente que real, no ha olvidado nunca a su Magda. Intenta acercarle a él y le recibirá loco de contento.

—¡Yo no deseo otra cosa! Oye, Franz; mi padre te considera y estima y una gestión tuya podría salvar esa distancia que me separa de mi hogar... ¿Quieres?

—Para mí, Magda Schwartz sigue siendo la tierna amiga de infancia, en la que cifré mis ilusiones más caras — dijo Heffterdingk evidentemente emocionado. Y dominando esta involuntaria deslidad, que trastornaba sus sentimientos, añadió: —Hoy mismo hablaré con el coronel.

Magda tuvo compasión de él. La pasión que sentía el maestro daba calor al resaca no del todo apagado que llamó un día en el corazón de la joven. Y una confesión brotó en sus labios:

—¿Por qué desot la voz que llamaba a mi alma? — dijo hablando consigo misma. — ¡Fui una loca... y bien pagado lo tengo!

Heffterdingk, absorbido también por sus pensamientos, puso distraíentemente las manos sobre el teclado del órgano y de sus dedos brotaron suavísimas armonías de añoranza.

—¿Recuerdas esto, Magda? — dijo volviendo la cabeza para contemplar el rostro amado.

—De tu música. ¡La que tanto me gustaba!

—La que escribí para ti, la que revelaba el estado de mi corazón!

—¿Cuán ciega fui!

Las voces del órgano se quebraron, exhalando un gemido. El organista había cesado bruscamente, levantándose.

—Esta noche, en la residencia, te comunicaré el resultado de mi entrevista con tu padre — dijo Franz, como para acabar con aquella situación difícil para ambos jóvenes.

—Pero que no me pregunte nada de mi pasado. Este no existe más que para mí.

Los salones de la residencia del príncipe estaban brillantísimos y en todas las conversaciones se notaba la expectación extraordinaria que despertaba la célebre cantante, cuya aparición se esperaba de un momento a otro. Por eso la entrada de Magdalena, radiante de hermosura, arrogante como una princesa y soberbolamente vestida como una reina, levantó un murmullo, más que de admiración, de asombro.

Al proceder a las presentaciones, el príncipe hizo la de la notable escritora, gloria del Principado.

—La insignie literata Franz Kleis, que todas las años da a las letras una novela.

Los pequeños ojos de la señora Kleis se dilataron de una manera alarmante.

—Pero, ¿es posible, Magda? ¡Tú eres mi sobrina Magda! — exclamó estupefacta.

—Sí, tía; soy Magda — asintió ésta, sonriendo al ver la cara que ponía y los gestos caricaturescos de la vieja escritora.







cundo el anciano, que acababa de conocerla, no pudo contenerse:

—¡Magda! — gritó. — ¡Magda!

Loco de alegría, se precipitó al vestíbulo, abrió la vidriera, pero no vió a nadie. Solo entró por ella el aire frío de la noche y la pálida reverberación de la blafura immaculada. Iba a retirarse, creyendo haberse engañado, mas unos brazos de nieve rodearon su cuello y a su rostro se pegó otro rostro de mujer, que le inundaba de ardientes lágrimas.

—Padre querido! — sollozó Magda.

Y los dos cuerpos unidos en estrecho abrazo, fueron recorriendo las habitaciones hasta entrar en el despacho del coronel, que se dejó caer en una butaca, desfalado de dicha. Magda, tal como momentos antes lo soñara, estaba a sus pies, abrazadas las rodillas de su padre y reposando sobre ellas la cabeza en éxtasis delicioso.

—No me digas nada, padre. Déjame gozar de este instante inefable. ¡Se está tan bien así!

El coronel acariciaba tiernamente los dorados cabellos de la joven y durante unos momentos sólo se oyó el aleteo de los suspiros, que volaban de los dos pechos y se besaban en el aire.

¿Cuánto tiempo duró este delirio, en el que se fundía el hiel de una larga separación? Ellos mismos no lo sabían. Un leve ruido les despertó del delicioso ensueño y al levantar Magda la cabeza, dos gritos de sorpresa dicha rompieron la quietud de la estancia.

—¡María!

—¡Magda!

Las dos hermanas juntaron las encantadoras cabezas en un tiernísimo abrazo.

—¿Qué crecida estás, hermanita! ¡Y qué linda! — decía Magda, transfigurada de júbilo.

—¡Qué felicidad! — suspiraba la pequeña.

Y ambas se contemplaban, como si en un momento quisieran resarcirse de los ocho años de ausencia.

—Tengo que irme — dijo Magda al cabo de largo rato de amorosas expansiones. — Mis doncellas deben estar aguardándome en el hotel.

—Tú no te vas de aquí — repuso Schwartz. — Esta es tu casa y en ella has de quedarte!

—Quédate, hermana — agregó María, suplicante. — Tú dormirás en mi cama y yo en la *chaise-longue*.

La que acababa de recobrar el hogar sentíase feliz de la carifosa perfiá, a la que no pudo resistir cuando el coronel, entre las dos jóvenes, juntó sus cabezas en un estrecho y prolongado abrazo.

Quedaron luego las dos hermanas entregadas a sus confidencias. María, como ama de la casa, había graciosamente los honores de ella a la recién llegada, a la que condujo a su habitación. Allí se pusieron ambas unas lindos gorritos de dormir y unas batas a la moda de aquella época y una vez vestidas con esta indumentaria, que les daba un especial encanto, se le ocurrió a María invitar a Magda a una visita en la despensa.

—Verás, Arriba, en el despán, tengo un buen repuesto de provisiones para el invierno: mermeladas hechas por mi mano, frutas secas, manzanas, jamones de jabalí riquísimos... un arsenal completo. A falta de ti, me he convertido en el ama de la casa y esto te encanta a papá... Mira qué hermosas y qué ricas están estas manzanas. Pruébuelas.

Son del manzano del fondo del jardín — observó la hermana.

—Clerto. Buena memoria tienes. ¿Qué tal?

Son sabrosísimas — asintió Magda, comiéndolas con deleite.

Abstraídas en su infantil ocupación, no sabían que eran contempladas por el anciano Leopold Schwartz desde un rincón de la escalera. El espectáculo de sus dos hijas, sentadas en el suelo de la despensa, comiendo manzanas, le recordaba escenas parecidas de cuando eran niñas. Mas no quiso turbar su ingenua diversión y bajó otra vez con paso quedo las escaleras.



—¿Qué te ha parecido mi novia?

—Guapísimo, nena. Y ¿cuándo es la boda?

—María bajó la cabeza con el peso de una pena que de súbito nubló de tristeza su lindo rostro.

—¿No podemos casarnos? — exclamó.

—¿Y quién lo impide?

—No tenemos dinero para la caución. El es pobre y nuestro padre tampoco tiene dinero.

—¿Es mucho lo que se necesita?

—Una suma enorme: ¡80,000 marcos!

—¡Tía Fränze debe ser rica.

—Papá ha intentado en vano ablandar su corazón — dijo María casi llorando.

—No llores, querida. Yo encontraré este dinero donde sea, para que logres ser feliz con tu Max.

Y así transcurrió la primera noche del retorno al hogar de Magda. Al día siguiente, Orestén, el antiguo servidor de los Schwarze, se hallaba muy de mañana en el despacho del coronel, que también había madrugado y es muy posible que no hubiera pegado el ojo todavía.

—¿Sabe mi coronel que la señorita tiene unas doncellas muy tantas? ¡Americanas hablan de ser! Al ir al hotel para traer los encargos de la señorita, me han preguntado con gran interés si tenían sales para el baño de ella. ¡Es muy gracioso!

Aquí no necesitamos sales — dijo Schwarze seriamente. — Lo que tenemos es buen jabón, como corresponde a la gente limpia.

—¡Buenos días, padre mío! — dijo alegremente Magda, que acababa de entrar, dándole un abrazo.

—¿Cómo? ¿Levantada ya y a punto de salir?

—Es que tengo mucho que hacer esta mañana.

En esto, un criado anunció que el príncipe Ludwig esperaba a caballo ante la verja, preguntando por Magda, por lo que ésta y el coronel se apresuraron a salir al encuentro del distinguido visitante.

—Señorita Magda — se apresuró a decir el príncipe. Traigo para usted otro caballo en espera de que quiera acompañarme a dar un paseo.

—Muy agradecida, Alteza; pero esta mañana tengo asuntos urgentes que resolver. Dígame dispensarme.

—Hubiera sido para mí un gran placer.

—Que provocaría quizás algún comentario respecto a mí — observó la joven riendo — pues yo no sé montar sino al modo de los hombres: a horcajadas.

El príncipe rió también la alusión a la costumbre de cabalgar de las mujeres.

—Bueno: lo dejó libre hasta la noche para la fiesta que voy a dar en honor de nuestra paisana la eminente diva dell'Orto. Y usted — agregó dirigiéndose al coronel — tampoco puede faltar.

—Dispénsame de ello, príncipe. Teniendo a mis hijas bajo mi techo, ya soy feliz.

—Me disgustaría mucho no verlo. Hasta la noche.

Magda no tardó en trasladarse al Banco, donde encontró a su tía Fränze que la besuqueó furiosamente. La joven procuró desentenderse pronto de ella y se acercó a la ventanilla de pagos, entregando un cheque. El empleado, después de mirarlo detenidamente por todos los lados, lo devolvió a Magda.

—Esta cantidad no se puede pagar en el acto. Hay que pedir conformidad de saldo del Banco sobre el cual usted gira.

—Y, no obstante, necesito esta suma esta misma mañana.

—Pruebe a hablar con el director.

—Conforme. Anúnciame usted.

Después de un rato de espera, se abrió la mampara de la Dirección para darle paso. Ella y el director se quedaron petrificados al hallarse frente a frente.

—¡Keller! — exclamó Magda, estupefacta.

—Efectivamente, soy Keller — dijo éste, prontamente reprimido de su emoción. — ¿Qué le trae por aquí, querida Magda?



La sangre fría de Keller sublevaba a la joven, que alargando el cheque con visibiles muestras de repugnancia, contestó secamente:

—El cabo de este giro.

—No es pequeña la suma y su pago inmediato está fuera de las normas bancarias, pero Magda Schwartz bien merece una excepción.

Y llamó a un empleado ordenándole el despacho del documento.

Sabía que algún día habríamos de volver a encontrarnos — siguió diciendo Keller —, pero no sospechaba que pudiera ser con motivo de una operación bancaria.

—¿Y no me preguntas por mi hija... por nuestra hija? — recalcó despreciativa. — Fuiste vil y afigue siéndolo. Abusaste de mi amor apasionado, que brotó al dulce recuerdo de la patria chica, la que ambos habíamos abandonado. Me abandonaste en la miseria, pero luché tenazmente por nuestra hija y sólo mi tenacidad me ha abierto paso en la vida del arte. Tú, en cambio, ¿qué has hecho por ella? ¿Qué has hecho por mí?

—Cálmate, Magda. No he sido bueno contigo; lo confieso; pero estoy pronto a reparar el daño que te he causado. Todavía pueden llegar para nosotros días felices.

—¿Qué pretendes? — exclamó la artista con los ojos chispeantes de indignación.

—Siempre te he querido, a pesar de todo. ¿Por qué no volver a juntar nuestras vidas?

—¡Nunca! ¡Eres despreciable como siempre!

Keller se había levantado de su sillón, para acercarse a la joven en actitud inasistente.

—Piénsalo bien. Quizás reconozcas si reflexionas, que no es este el momento para romper nuestras relaciones. Hay cosas que deben ser ignoradas por tu padre, y tu actitud violenta podría...

La frase quedó interrumpida por la presencia del empleado que venía a traer la liquidación; pero Magda comprendió sobradamente la encubierta amenaza y tuvo miedo de aquel hombre cínico y malvado.

—Aquí está el importe del cheque — agregó Keller con exagerada amabilidad. Recuerda que sólo Magda Schwartz podía conseguir esta operación.

La artista tomó el dinero sin mirar al hombre que se lo daba y partió con el corazón angustiado por el desagradable e inesperado encuentro, aunque gozosa por otra parte de llevar, con el fruto de sus ahorros, la cicha a su hermana. ¡Bien pagada estuvo de su hermano y generoso rasgo, cuando en presencia de su padre, que contemplaba atónito los billetes, entregó a la enmarcada pareja el fajo de dinero, importe de la fianza! Todo se resolvió en la casa del viejo coronel con la llegada de la hija perdida...

Era deslumbrante el aspecto de los salones del príncipe Ludwig. Las soberbias pedrerías de los tocados y escotes de las damas, vestidas de fastuosos trajes de Corte, reflejaban la luz de innumerables velas de múltiples arañas, lanzando cegadores destellos, menos vivos y centelleantes, no obstante, que los lindos ojos de sus dueñas, por más que estas intentaran velar la luminosidad de sus pupilas bajo las cortinas de sus párpados de rosa, reguladores discretos de la coquetería femenina. Un enjambre de caballeros, de correctísima etiqueta, mariposeaban alrededor de los grupos de damas, solazándose en la contemplación de sus hechizos, bien entablando con ellas ingeniosos discursos o avivando el fuego de la murmuración, que ellas, por la fuerza de la costumbre, habían encendido. Buega decir que en Magdalena dell'Orto, o mejor dicho, Magda



Schwarze, el tema general de las conversaciones, coincidentes en reconocer su talento musical y su hermosura. Así, al verla de nuevo aparecer, radiante de belleza y elegancia, del brazo del coronel, de uniforme y acompañada de la linda María con su prometido el teniente Max, en todas las miradas fijas en ella, podían leerse las más variadas impresiones de admiración o envidia, de curiosidad o codicia, que su espléndida juventud y su aureola de eminente diva producían en aquella concurrencia palaciega.

El consejero Keller, una de las personalidades más relevantes de Umingen, no podía faltar a la fiesta. Estaba allí, y por más que trataba de disimular su nerviosidad bajo una máscara de fina corrección, no logró evitar un ligero estremecimiento al acercarse su víctima; pero, audaz como siempre, se apresuró a adelantarse para solicitar de ella el honor de un baile. Magda creyó desfallecer ante el encanto de aquel hombre, que venía a enturbiar los momentos más puros e inefables de su vida. Groseramente aprisionada por los brazos de Keller, se hallaba como en un suplicio, sin oír apenas las frases galantes que él le prodigaba.

— ¡Por fin, Magda, puedo tenerle otra vez junto a mi pecho! — le susurraba al oído.

— ¡Calla! ¡No me hables, por lo menos!

— ¡Te quiero, Magda!

— No me obligues a dar un escándalo.

— Nunca he dejado de amarte y es ley de la Naturaleza que nuestros destinos sigan la misma senda.

— ¡Estás llamando la atención imprudentemente! ¡No sigas o dejo tu brazo!

— Ven a mi casa; ¡es el nido de amor que te espera!

No pudo más. Este tormento era superior a sus fuerzas, y Magda aprovechó la circunstancia de pasar junto al príncipe Ludwig, llevado también por el torbellino de la danza, para llamarle.

El señor Keller ruega a Vuestra Alteza que le permita retirarse por encontrarse indispuesto — le dijo.

El consejero no tuvo más remedio que fingir un asentimiento, retirándose enseguida lleno de coraje y maquinando proyectos de venganza, mientras que Magda, quebrantada, buscaba refugio en un salón apartado, que le permitiera dar rienda suelta a su llanto.

Un poco más serena ya, levantó la cabeza al oír un leve rumor de pasos encontrándose con la mirada interrogadora y triste de Franz Hefflerding.

— ¡Pobre amiga mía! Aún no han pasado para ti las penas. ¿Es que te ha ofendido Keller?

— ¡Es un malvado! — exclamó ahogada de nuevo su voz por los sollozos.

— Desgraciadamente es un malvado que tiene un gran prestigio en la Corte.

— Tengo miedo de él, Franz. Es mi pasado, mi horrible pasado y en su mano está el dorrumbamiento de mi presente dicha.

— ¿Tanto puede sobre ti este hombre sin escrúpulos?

— ¡Lo puede todo! — contestó la pobre joven, inclinando la cabeza por el peso de su desolación. — ¡Con una palabra suya puede cubrir de vergüenza el nombre de mi honrado y recto padre!

Y con palabras entrecortadas fué contando a su fiel amigo el drama de sus amores con el banquero, simple estudiante, entonces, en Berlín; el nacimiento de su hija Poldi y sus luchas enarrazadas con la miseria, hasta llegar a conquistar dentro del arte el nombre que el mundo repetía con admiración.

— Ahora — terminó — no me queda más recurso que huir de él; abandonar para siempre el hogar en el que había encontrado el cariño y la paz perdidos desde que salí de él.



—Tu no puedes hacer esto sin causar a tu anciano padre un pesar, que sería su muerte, sin producir un escándalo mayor que el que tratas de evitar. Mañana has de cantar el «Orfeo» y en breve «La Pasión», compromisos solennemente imposibles de eludir, si no es a costa de tu carrera artística. No te vayas, Magda — añadió suplicante el organista. — Confía en los que te queremos y estamos dispuestos a defender tu voluntad.

Contrastaba con esta escena de dolor otra de buen distinto género, que estaba desarrollándose en un salón de la misma residencia. Graves señores, antiguos amigos del coronel Schwartz, celebraban con gran algazara el que aquel, a requerimientos del príncipe, se reintegrara al ejército. Los vasos de cerveza se vaciaban y volvían a llenarse con pasmosa celeridad, y en este ambiente de alegría y bulliciosa camaradería fué cuando el coronel anunció el próximo casamiento de su hija, María, con el teniente Max von Vendlewsky.

—¡Hurra por los novios!

—¡Hurra! — gritaron los viejos a coro.

—Una proposición — anunció uno de los contertulios, levantándose. — Esta atmósfera es muy pesada y si hemos de ser sinceros, creo que todos participamos de esta pesadez.

Una carcajada general respondió a esta confesión.

—Así pues — continuó el improvisado orador — propongo que hagamos una excursión en trineo, a fin de que el aire puro de la noche disipara esta neblina, que aquí se observa, que bien pudiera ser efecto de nuestras cabezas turbias.

—¡Aprobado! — contestó unánime la asamblea de bebedores, mientras chocaban los vasos y se apuraban los restos de líquido, que por casualidad había quedado en algunos.

La noche era fría, pero por demás hermosa. Los trineos se deslizaban por los caminos blancos y el silen-

cio de la campiña sólo era alterado por el galopar de los caballos y los cantos de los graves señores, que montaban los vehículos, a los que las libaciones habían hecho olvidar su gravedad. Iban ya de regreso de su corta y bulliciosa excursión, cuando de un cortijo inmediato a la carretera salió corriendo una preciosa pareja de niños.

—¡Señores! ¡Señores! — gritaba uno de ellos, que era una niña de unos seis años, lindísima y vivarachita. — Déjenos subir a los trineos.

—No, Poldi, no, que el señor Rohrmasser va a retirarnos — decía el niño, un poco mayor que ella, tirándola del vestido.

Pero la niña no hizo caso, sino que sin esperar que se accediera a sus deseos, se encaramó al trineo, donde iba Schwartz y se sentó sin ceremonia sobre sus rodillas, acariciando sus barbas.

En este momento salió del cortijo un hombre, que no nos es desconocido: era Rohrmasser, que estaba al cuidado de la hija de Marda.

—Baja, Poldi: no molestes a estos señores. Mañana iremos a la ciudad — decía apurado el maestro.

—Déjela, amigo, y puesto que han de ir mañana a la ciudad, véngase usted también hoy con ella; hay aquí un asiento para usted — dijo el coronel, encantado de la chiquilla. — Ya ve que nos hemos hecho muy amigos de esta preciosa criatura.

—No me vendría mal — observó Rohrmasser.

—Pues suba y andando.

Y así fué cómo Schwartz, sin sospecharlo, remontó a su nieta y la condujo en su propio trineo.

Keller no abandonaba su presa: por eso a la terminación del concierto y conociendo la ausencia del coronel, se presentó, con toda la desfachatez de que era capaz, en el domicilio de Magda. La artista se hallaba sola.



—¿Cómo te has atrevido a pisar esta casa honrada?  
— le preguntó, envolviéndole en una mirada de desprecio.

—Porque necesito buscarte donde te encuentres. Es en vano que huyas de mí; nuestras vidas no deben separarse ya más.

—Me repugnas y me das horror. ¡Vete!

—Una palabra mía podría humillar tu orgullo y, no obstante, vengo a suplicarte que depongas esta actitud injustificada y quieras creer en la sinceridad de mi amor.

—Amor ¡tú! ¿Cuánto te has compadecido de mi desgracia? ¿Cuándo te has acordado de que tenía una hija? ¡Vete! ¡Vete te digo! Que mi padre, al menos, no se entere de la terrible verdad.

—Forzoso será que el bueno del señor Schwartz y que la alta sociedad de Ulmungen sepan algo interesante del pasado de la eminente diva, hoy solo suyo, si ésta se empeña en despreciarme — dijo Keller con ira.

—Hazlo, si eres bastante malvado para ello! — exclamó la joven en el colmo de la desesperación. — Preferiré esta vergüenza a la de unirme a ti.

Keller salió de la habitación con el rostro contraído por la cólera, en el preciso instante en que entraba el coronel, cuyo ceño contraído demostraba claramente que algo, por lo menos, había oído de la violenta discusión.

—¿Por qué lloras, Magda? ¿Qué quería de ti este hombre?

Magda estaba resuelta a todo. Era preferible la revelación cruda de su secreto a sufrir el tormento de una situación equívoca. Intensamente pálida, pero completamente serena, se dispuso a no ocultar nada a su padre.

—Keller pretende que vaya a unirme con él.

—¿Y con qué derechos?

—Es el padre de mi hija...



— Mi honor de soldado, manchado por Vd. en la persona de mi hija, exige inmediata reparación.





En las primeras filas de los bancos del templo, se habían situado, el Coronel con Maria y Maxi.

Un golpe de maza hubiera dejado menos aturrido al pobre coronel.

—¿Tú? ¿Has sido tú la...?

Magda puso la mano sobre los labios de su padre, para evitar que pronunciara la palabra infamante.

—No me juzgues sin oírme.

Y tal como horas antes le contara a Heffterdingk, contó asimismo al desventurado Schwartz la tragedia de sus ocho años de ausencia del hogar paterno. Durante el dramático relato, el honor del militar y la compasión del padre pugnaban para sobreponerse en el corazón del consternado coronel, y en esta lucha cruel desfallió la ya quebrantada naturaleza del anciano, al que tantas emociones dejaron insensible por mucho rato. Al abrir de nuevo los ojos, Magda estaba a sus pies, cubriendo de besos sus manos yertas.

—Esta desgracia no tiene más que un remedio — dijo el coronel, levantándose penosamente y disponiéndose a salir. — Espérame hasta que vuelva.

Después de pasar por su despacho para recoger una pistola, se dirigió a casa del consejero Keller.

—Puede usted comprender a lo que vengo — dijo fríamente al entrar. — Mi honor de soldado, manchado por usted en la persona de mi hija, exige una inmediata reparación. Puede usted escoger entre casarse con ella o morir a mis manos!

—No hay para qué elegir esta segunda solución estando, como estoy, dispuesto a aceptar la primera, con la que se satisfacen mis más vehementes anhelos.

Y, dando a sus palabras un tono de solemnidad, agregó el consejero:

—Señor coronel Schwartz: tengo el honor de solicitar de usted la mano de su hija Magda.

El pobre viejo, que no creía hallar tan bien dispuesto a Keller, regresó a su casa rebosante de esperanza, para comunicar a Magda el feliz resultado de



su entrevista. Mas sus ilusiones se desvanecieron ante la contestación de aquella:

—¡Este sacrificio está por encima de mis fuerzas!

—Con él se salva nuestro nombre mancillado — repuso el coronel con obstinación.

—Dentro de poco estará aquí, arrepentida de su anterior conducta, y espero que no habrá de lamentar por tu parte una desobediencia, que sería fatal para todos.

Efectivamente, el conde Kellner acababa de hacerse anunciar. Con exquisita galantería se acercó para besar la mano de la joven, que ella rehusó alargarle.

—Querida Magda — dijo, sin mostrarse ofendido por la actitud despectiva con que se le recibía y dando a sus palabras un tono de franca y cariñosa familiaridad — te supongo enterada de que tu padre me ha propuesto el placer de concederme tu mano, colmando así las más vivas ansias de mi alma.

—Ansias tan vivas — replicó Magda irónicamente — que han tardado en manifestarse hasta tanto que me has visto triunfante y halagada.

—Nunca has estado ausente de mi recuerdo y estaba seguro de que el ansiado día de la reconciliación iba a llegar, pues una pasión tan vehemente como la que se encendió en nuestros corazones no podía apagarse por el hielo del alejamiento.

—¡Es inaudito tu orgullo! Vienes a mí, no por amor, sino por mi celebridad y porque me crees rica. Te equivocas — añadió con risa de sarcasmo. — Mi fortuna se reduce toda a la que he retirado del Banco y que he entregado a mi hermana para caución de su prometo. Y de Poldi, ¿qué piensas hacer de nuestra hija Poldi, que parece no existir siquiera para ti?

—La pondremos en un colegio, rodeada de todas las comodidades que a su condición corresponden.

—¿Separarme de mi hija? ¡Jamás!

—No es eso, Magda. Podrás visitarla a menudo. Sólo será una separación momentánea, puesto que, pasado un tiempo, la adoptaremos...

—¿Qué dices? ¿Adoptar a nuestra propia hija? ¿Avergonzarnos de ella?

No quiso oír más; la leona se rebelaba furiosa a la sola idea de separarse de su cachorro; la madre sentía asco del hombre vil, que se avergonzaba de reconocer a su hija ante el mundo. Y le volvió la espalda, como se huye de una alimaña.

—¡Padre! ¡Padre! — gritaba fuera de sí. — No puedo, no puedo casarme con ese canalla.

Schwarze acudió presuroso a las voces de Magda. En su despacho, febriles los ojos y entrecortando el acento, explicó a su padre la repugnante escena.

—Y, no obstante, es preciso que te cases con él — repuso el coronel con terrible calma.

—¡Imposible, padre!

Tu sacrificio es inevitable. Si mis súplicas de padre no te bastan, si el nombre de tu hija no es suficiente a decidirte, si la dicha de tu hermana María — cuyo casamiento no podría realizarse — no mueven tu corazón, si el opróbio que caerá sobre toda la familia de historia limpia, no te ablanda, deberá imponerte, con dolor, el peso de mi autoridad inflexible. ¿Qué decides?

Un enos rotundo fue la contestación. Entonces el coronel con toda calma sacó de un cajón un estuche que contenía dos pistolas, las que examinó tranquilo en apariencia.

—Me sería imposible sobrevivir a mi deshonor; esta es la ley del soldado pandonero. Tú dispones de la vida y de la muerte. Elige!

La joven, horrorizada iba a sucumbir a tan tremenda amenaza, cuando llamaron furiosamente a la puerta.



—Coronel! (Magda! — clamaba la voz de Max, desde fuera.

El coronel fué a abrir, entrando precipitadamente en la estancia el prometido de María. Advertido por su amada de la escena que tenía se desarrollara en el despacho a consecuencia de la entrevista torrenciosa de Magda con el conde, poco le costó abayar de una ojeada la gravedad de la situación.

—Dos pistolas no son el juguete más propio para aumentar una conversación. Déjeme que las guarde, señor coronel. — Y diciendo esto, Max las cogió sin esperar permiso.

Y dirigiéndose a Magda, que estaba muda y deshecha en un sillón, le dijo, aparentando gran naturalidad:

—Me parece que has de prepararte para el «Orfeo» de mañana. La expectación es enorme y no es cuestión de retrasarla.

Cuando la joven se hubo marchado dócilmente, Max habló así al coronel:

—Ahora, señor Schwartze, creo que debe cesar su intervención en este deplorable asunto y ha de empezar la mía. Como hijo de usted, que ya me considero, espero que va a permitírmelo. (Tenga confianza en mí!

—Max lo que quieras, hijo mío — contestó Schwartze, sin fuerzas.

Bajo la impresión dolorosa de la dramática escena y aterrada por el espectro del negro porvenir, que por la maldad de Keller se le ofrecía, la eminente diva estaba en la prisa de las disposiciones para cantar la parte de «Eurydice» de la ópera «Orfeo» de Gluck, que aquella tarde debía representarse en el Gran Teatro de Linlithgow, a presencia de la Corte. Y sin embargo, la gran cantante supo sobreponerse valerosamente a sus penas. Quisó la misma amargura infinita que invadía su alma daba a su voz aquellos inesperados acentos de pasión, producía aquellas vibraciones sublimes, que arre-

balaban al público en un frenesí de admiración, manifestado en ovaciones clamorosas, inenarrables... ¡Cruel sarcasmo! La gloria coronaba de laurel aquella cabeza, que no hasta mucho la desgracia había coronado de espinas.

Cuando a la salida del teatro iba la armonía de retorno a su casa, en compañía de su padre, éste estaba tan emocionado, que ni siquiera osaba dirigirla la palabra. El, únicamente él, había podido comprender la inmensidad del dolor, el grito de desesperanza suprema, que traducían aquellos acentos mágicos, que extasiaban al auditorio, sumándole en el delirio de la más aguda emoción estética.

Ella misma sentíase conmovida de vez a su anciano padre, antes severo e inflexible, y ahora tímido, afligido como un niño, que tiene la impresión de haber hecho daño a un ser querido.

—Padre — le dice dulcemente — no estés afligido por mí. He estado ayer poco razonable ¿verdad? Sí; tienes razón. Cualquier sacrificio que haga, es poco para pagar tu bondad y salvar el honor de tu nombre. Estoy dispuesta a aceptar lo que tú quieras...

—¿Es verdad? — exclamó el coronel transportado de gozo.

—Puedes decir a Keller que venga: será su esposa.

En el gabinete de trabajo estaba esperándole Max agitado y antes de dar tiempo a que le preguntaran la causa de su agitación, explicó que había ocurrido un grave suceso en casa del banquero, Keller se había suicidado.

—¿Cómo? — exclamaron los dos recién llegados.

—Así es: acaba de matarse el autor de las desdichas de esta casa. Por la visto han sido descubiertos algunos fraudes en sus operaciones bancarias. Unas cuentas corrientes embrolladas han sido el hilo por donde se ha llegado al conocimiento de sucios manejos con el di-



nero de sus clientes. De extenderse la noticia del proceder criminal del conserjero, había de sobrevenir inmediatamente su encarcelamiento y la quiebra del Banco. Cuando yo — seguía diciendo Max — fui a casa de Keller, resuelto a criticar como fuera el sacrificio de Magda, obligándole a que desistiera de su propósito de casarse con ella, estaba el batquero encerrado, desde hacía algunas horas, en su despacho, negándose a recibir a nadie. Ante mi insistencia, el criado llamó repetidamente y en esto una detonación ha sido la respuesta a las repetidas llamadas. Al penetrar nosotros con la policía, Keller yacía cadáver junto a su revólver y en medio de una estombra de papeles, sin duda reveladores de sus celos de esta, las que cuidadosamente se había dedicado a destruir.

—Dios es bueno — comentó gravemente el coronel — y ha querido salvar a mi hija y velar por mi honor.

Magda no pudo articular una palabra. Se lanzó en brazos de su padre, sollozando convulsivamente. Difícil hubiera sido adivinar en aquellas ardientes lágrimas un rastro de piedad por el trágico fin del hombre a quien tanto había amado o la expansión de un alma, que se ve liberada de un peligro espantoso cuando más inevitable lo había considerado.

Y llegó el día de la gran solemnidad, de la esperada audición de la obra maestra de Johann Sebastián Bach, la Pasión, en la Catedral de Eimingen. Bajo las amplias naves del artístico templo se había congregado toda la romántica ciudad, hambrienta de saborear el arte sublime de su querida diva. Una imponente masa coral, dirigida por Rahrmoser iba a unir el clamor de alabanzas y lamentos de gargantas humanas con las vibraciones de la masa instrumental, que, bajo la batuta de Franz Hefflerdingk había de hacer resonar las bóvedas majestuosas con las notas de aquella página maravillosa de alegría de Pascua y dolor de Calvario, que el gran Bach escribiera.

Por encima de la grandiosidad de aquel conjunto de instrumentos y voces humanas se alza la voz pura e inconfundible de Magda, la artista de la garganta angelical, ora profunda y misteriosa, ora arrulladora o apasionada. Vuelan las frases melódicas agudas, candentes, embriagadoras, produciendo aleteos de párpados, chispear de pupilas, rodar de lágrimas, latir de corazones, todas las manifestaciones de la emoción se exteriorizaban en aquellos oyentes, que se hubiesen levantado chirios de entusiasmo, si la santidad del templo no contuviera sus impulsos en un fervoroso recogimiento.

En las primeras filas de bancos se había situado el coronel con Maria y Max. Toda su alma estaba anegada en el delirio de la voz divina de su Magda y en la contemplación de su hermoso rostro, transfigurado por la inspiración. Exaltado en este goce del espíritu, no se había dado cuenta de que una deliciosa niña se había puesto calladamente a su lado, hasta que una voccecita habló muy queda junto a su oído.

—¿No me conoce, señor? Soy la niña que llevó usted, la otra noche, en su trineo.

El coronel se volvió, encontrándose con la carita hechicera de Földi.

—Tú aquí, querida?

—Sí; hace rato que estoy a su lado, pero no quería distraerle de oír a mamá.

—Y quién es tu mamá?

—¿No lo sabe? Aquella, señor: la que canta — dijo señalando con su dedo a Magda, que en aquel momento fijaba en ellos su mirada.

—¿Magda? Rotundeas tú...

Aquella niña era su nietecita. En un arrebatado de ternura, la sentó sobre sus rodillas, besando en silencio sus cabellos sedosos.

Magda vio el tierno grupo que formaban el anciano y la niña, y les envió un beso con los ojos...



Era feliz, inmensamente feliz; su dicha comunicaba a su voz los acentos de la sublimidad.

...

En el jardín del coronel la nieve ha huido al correr los rosales. El atardecer tinto está impregnado de perfumes, envuelto en luz azulada, misterioso tonado de la noche que llega. La sombra protectora de un mazo de abetos resguarda de miradas indiscretas a dos seres abstraídos en el placer de su mutua contemplación.

San Magda y Frana, que andando por rutas distantes, a través de zarzas y espinas, se han cruzado de nuevo en el camino, para no separarse ya más.

FIN

## Editadas

- Núm. 1. *Sabiduría obsesiva*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- \* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- \* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- \* — 4. *La vida de la Bohème*, por Marta Eggerth y Jan Kiepura.
- \* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- \* — 6. *Cuando volvemos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- \* — 7. *El tigre de Bengala*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- \* — 9. *Múscos infernales*, por Lionel Barrymore.
- \* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- \* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- \* — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete desfiladas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschichowa y Karl Diehl.
- 16. *Murió con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
- 17. *Baile en el Metrópol*, por Henri George y Vitoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
- 20. *Extradiada*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Juane al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería ligera*, por Marika Rokk y Fritz Kampers.
- 24. *Impetusa de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
- 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Fürster.
- 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Frensziska Gaal y Ahns Holt.
- 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwick.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arlice Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Valz Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeline Carroll.
- 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
- 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.

\* Agotadas.

## En preparación

QUESOS y BESOS, interpretada por  
STAN LAUREL y OLIVER HARDY



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA

